

Esta carta, que estaba escrita en latín según la costumbre de la universidad, se leyó toda en presencia del rey, el cual manifestó que le había agradado mucho: mandó que se tradujese al francés para examinarla despacio, y señaló día á los diputados para darles la respuesta; pero en este intervalo se dieron tan buena maña el cardenal de Luna y el duque de Berri, que variaron enteramente las disposiciones de la corte. Habiendo llegado el día de la respuesta, dijo con sequedad el cancellor Arnaldo de Corbia á los doctores diputados que el rey no quería que se le volviese á hablar de aquel asunto, y les prohibía recibir ninguna carta relativa á él sin llevársela antes de abrirla. Después de algunas instancias inútiles, interrumpió segunda vez la universidad sus lecciones, los sermones que se predicaban en ella, y los demás ejercicios de su ministerio.

Entretanto recibió ella cartas de la universidad de Colonia, la cual aplaudía su celo por la estinción del cisma, y la suplicaba que la comunicase sus ideas acerca de este punto. Iguales cartas la dirigió el rey de Aragon y el cardenal de Alenzon que estaba en Roma. Ya sea que estas disposiciones de los países estrangeros hubiesen hecho variar el sistema de la corte de Francia, ó que los príncipes contrarios al duque de Berri hubiesen desbaratado los proyectos del partido opuesto, permitió el rey que se enviase á Aviñon la carta que le habían presentado los doctores de Paris, á la que añadieron otra menos larga, pero más enérgica, en que decían, entre otras cosas: «Ha llegado á tal extremo el espíritu de cisma, que se publica por todas partes que es indiferente reconocer un solo Papa ó muchos, y que puede haber no solo dos ó tres, sino diez ó doce, á proporción del número de las naciones mas considerables, y todos ellos iguales en autoridad.»

Recibió Clemente estas cartas en presencia de muchas personas de su corte (1394), y queriendo leerlas por sí mismo, las abrió con bastante serenidad; pero no pudo continuar hasta el fin sin manifestar su desagrado. Viendo los tres únicos medios que se proponían para la reunion, que eran la cesion, el compromiso y la decision del concilio general, se levantó y dijo con indignacion: «estos escritos están arrojando veneno por todas partes y no tienen mas objeto que infamar la Santa Sede (1).» No dió otra respuesta, y temiéndolo que habian llevado las cartas que se cometiese algun atentado contra sus personas, se retiraron con precipitacion. Desde aquel día quedó Clemente dominado de un humor tétrico, que no pudo menos de acrecentarse con el diferente concepto que sus cardenales formaron de la copia que se les habia dado de las mismas cartas. Le acometió una enfermedad que pareció no ser de cuidado y no le obligó á quedar en cama; pero el día 16 de setiembre del año 1394, después de haber oido misa, y apenas habia entrado en su cuarto, tuvo un insulto de apoplejía, de que murió repentinamente. Reinó cerca de diez y seis años, en los cuales, á pesar de su dulzura, de su beneficencia, y de una magnanimidad digna de su cuna, cometió muchos yerros, siendo casi siempre la causa de ellos el título mas que dudoso de su pontificado.

A los seis días de la muerte de este antipapa, llegó la noticia al rey Carlos, el cual convocó inmediatamente consejo pleno, y de sus resultas escribió á los cardenales de Aviñon, pidiéndoles que suspendiesen la eleccion hasta la embajada que pensaba enviarles. El día siguiente, 23 de setiembre, se juntó la universidad, opinó á favor de la dilacion, y diputó algunos doctores para que

(1) Vit. Pap. 1, p. 536.

lo hiciesen presente en la corte, cuya entrada era ya mas fácil por haber variado enteramente el estado de las cosas. Fué aplaudido su modo de pensar, y se resolvió, conforme á su dictámen, reunir los preladados y los barones del reino, los sugetos que tuviesen mayor crédito en las universidades, y los notables del tercer estado, á fin de deliberar sobre la situacion decisiva en que juzgaban hallarse. Se les permitió tambien escribir á las demas universidades y tratar de comun acuerdo sus planes y los medios de realizarlos. El rey se aprovechó de este momento para reprender á los diputados, aunque con mucha moderacion, por haber interrumpido sus ejercicios; y habiendo ellos dado palabra de continuarlos, se retiraron muy satisfechos.

Mientras se deliberaba así y se hacian todos estos preparativos, los cardenales de Aviñon, que solo atendian á sus fines particulares, se juntaron en cónclave, en número de veintiuno, por hallarse ausentes tres de ellos. Pasados dos días, esto es, en el 28 de setiembre, cuando todavia no estaba cerrado el cónclave, llegó el correo que llevaba las primeras cartas del rey Carlos y anunciaba la embajada que debia enviarles. Estos despachos se entregaron inmediatamente al cardenal de Florencia, que era el mas antiguo de los cardenales obispos, y en calidad de tal le correspondia presidir el cónclave. Sospecharon los cardenales lo que podian contener las cartas, y porque no pareciese que faltaban á la deferencia que merecian las intenciones del rey, recurrieron al artificio, y convinieron unánimemente en no abrirlas hasta que estuviese hecha la eleccion. No obstante, con el objeto de disminuir lo que tenia de odioso esta conducta, formaron una acta auténtica en que se obligaron con juramento á procurar, en cuanto les fuese posible, la estinción del cisma, y á proporcionar todo

género de ausilios al Papa futuro para conseguir este fin; á lo que se obligaban todos y cada uno de ellos, en cualquier estado en que se hallasen, y por mas sacrificios que tuviesen que hacer, aun cuando se tratase de ceder el pontificado. Todo el cónclave firmó esta acta, á escepcion de los cardenales de Florencia, de Aigrefeuille y de San Marcial. Pedro de Luna suscribió con el mayor número, bien que tal vez no se hubiera sostenido mejor la sinceridad de ellos, si hubiese llegado el caso de sujetarse á la misma prueba. Sin embargo, se halló un cardenal, cuyo nombre no se dice, que viendo inclinarse á su favor todos los votos, tuvo la honradez de hacer presente que no se sentia con bastantes fuerzas para responder de sí mismo y de su fidelidad en renunciar el trono pontificio si sucedia que se le colocase en él (1): por lo que suplicó á sus compañeros que no le espusiesen á una tentacion superior á sus fuerzas. Al contrario, Pedro de Luna manifestó que no le detenia esta dificultad, y que estaria siempre pronto á renunciar el pontificado. Asimismo logró dejar escludido al procurador de la gran cartuja, en quien los electores habian puesto tambien la vista, diciendo que todas aquellas virtudes rígidas, adquiridas en la soledad, no servian de otra cosa que de hacer á los hombres indóciles, obstinados en sus opiniones y sujetos á escrúpulos que hacen cometer muchas veces las mayores faltas. Por fin, anduvo tan solícito, y fueron tales sus intrigas, que quedó electo Papa con unanimidad de votos en el mismo día en que el Sacro Colegio habia recibido la carta del rey, esto es, el 28 de setiembre del año 1394. En aquel mismo día tomó el nombre de Benedicto XIII; fué ordenado de sacerdote á 3 de octubre, y el domingo 11 del propio mes recibió la con-

(1) Du Chaten. p. 467.

sagracion episcopal, y fué coronado inmediatamente despues.

O la tiara mudó prodigiosamente el ánimo de Pedro de Luna, ó Pedro de Luna fué antes de obtenerla un prodigio de disimulacion y superchería. Se le tenia en el Sacro Colegio por el hombre mas amante de la union, y por esto los cardenales le eligieron unánimemente, y con tanta prisa que no estuvieron en cónclave mas que un dia entero. Muchas veces se le habia oido vituperar la conducta del Papa Clemente en este punto; se habia explicado con libertad acerca de ello en presencia de los principes, de los prelados y aun de los pueblos mismos en los sermones y discursos que les dirigia, y aun habian dado á entender en todos tiempos al rey y á la universidad que, si algun dia llegase á suceder á Clemente, estaba en ánimo de hacer los mayores sacrificios por reunir á todos los fieles bajo un mismo Pastor. No obstante, podia acordarse la universidad de las tramas que el cardenal de Aragon ó Pedro de Luna habia urdido poco antes con el duque de Berri para neutralizar en la córte el celo de los doctores, é impedir que se les diese audiencia, lo que daba justo motivo para mirar sus protestas como sospechosas, y aun determinó á estos mismos doctores á quejarse de él en términos muy fuertes á Clemente. Pero aquel famoso cardenal tenia todas las cualidades mas á propósito para desvanecer las ideas que no le acomodaban. Sin haber formado quizá un plan premeditado de la conducta cismática que observó por espacio de treinta años, tenia en su mismo carácter todos los elementos y principios del cisma; de modo que la ocasion y las circunstancias no hicieron mas que desenvolverlos, y poner en movimiento, por decirlo así, todas sus propiedades funestas.

Era Pedro de Luna de una familia de

las mas distinguidas, pues estaba emparentado con su soberano (a); se le estimaba mucho por la integridad de sus costumbres; tenia unos pensamientos muy elevados, un valor que despreciaba todo género de dificultades y de obstáculos, un genio sutil y fecundísimo en recursos, el don de la palabra en un grado superior, y una vivacidad y penetracion tan extraordinaria que no era capaz de sorprenderle ningun lance por mas imprevisto que fuese: era profundo en la ciencia del derecho canónico, singularmente estimada en aquellos tiempos, y habiendo desempeñado antes una cátedra de esta facultad en Montpellier,

(a) D. Pedro Martinez de Luna era natural del lugar de Illueca, propio de su casa. Habia sido creado cardenal en Aviñon por Gregorio XI el año 1375, habiéndolo sido antes por el mismo Papa don Pedro Gomez Barroso, arzobispo de Sevilla. Estaba Luna emparentado con don Martin, rey de Aragon, por su muger la reina doña Maria de Luna. Antes de su eleccion, desempeñó varios cargos y tareas, y él fué el principal autor del reconocimiento y obediencia que prestaron Aragon y Castilla á su predecesor Roberto de Ginebra, llamado Clemente VII. «Poco despues de elegido Papa, dice un historiador, vino á los Estados de Aragon, segun consta del Manual XX, pág. 287, litt. B. de los del archivo de Valencia, en el que se halla una carta del rey de Aragon, fecha en 10 de mayo de 1396, en la que le da cuenta al Papa de haberse puesto en camino para venir á estos reinos; y á la pág. 293 se lee otra carta del mismo soberano, en que noticia haber entrado ya.»

Pues que hemos mencionado aquí á Gregorio XI, referiremos un hecho que cuenta Mariana en el libro XVII de su *Historia de España*. En los postreros dias del año 1375 falleció don Gomez Manrique, arzobispo de Toledo, y habiéndose juntado en su cabildo los canónigos de aquella iglesia para elegir sucesor no pudieron ponerse de acuerdo, y unos eligieron á don Pedro Fernandez Cabeza de Vaca, dean de la misma iglesia, y los otros á don Juan Garcia Manrique, sobrino del difunto, que era hijo de su hermano el adelantado Garci Fernandez Manrique, y de arcediano de Talavera le pasaron primero á ser obispo de Orense y luego de Sigüenza; á este favoreció el rey con grandes veras, porque era afín y allegado de don Juan Ramirez Arellano. El arzobispo difunto habia prevenido antes de morir que no eligiesen en su lugar al dicho su sobrino, porque era inquieto, sino al dean. Acudióse, pues, al Papa Gregorio para que terminase estas desavenencias; mas no teniendo Su Santidad por canónica ninguna de las dos elecciones, dió el arzobispado á D. Pedro Tenorio, varon de muchas prendas, letras y erudicion, y de la iglesia de Coimbra, cuyo obispo era, le pasó á la de Toledo. Antes habia sido arcediano de Toro en la iglesia de Zamora. (N. del E.)

estaba muy versado en el arte de argumentar y en todo género de sutilezas y sofismas (1). En los primeros momentos de su pontificado, necesitó y supo sacar partido de la mayor parte de estas ventajas. Envió prontamente á Paris á Gil de Bellemere, obispo de Aviñon, uno de sus mas celosos partidarios y muy estimado por sus comentarios sobre el decreto de Graciano. En la primera audiencia que este prelado tuvo del monarca, le dijo: «á viva fuerza se ha conseguido que el nuevo Pontífice suba al trono apostólico; pero no podia suceder cosa mas favorable á la Religion, porque está dispuesto á pasar el resto de sus dias encerrado en la oscuridad de un claustro antes que dar lugar á que por su propio interés continúe la division que le aflige tanto como á la misma Iglesia (2).» Benedicto manifestó iguales sentimientos, y de un modo aún mas espresivo. Al primer cumplimiento que le dirigió la Universidad de Paris con motivo de su nueva dignidad, en el cual se decian algunas cosas relativas á la union, se quitó las vestiduras pontificias en presencia del diputado, y dijo que renunciaria el pontificado con la misma facilidad con que dejaba su insignia. Las menores apariencias de virtud en los grandes producen unos efectos extraordinarios en el comun de los hombres. Aquellos buenos doctores, poco antes tan justamente prevenidos contra la nueva eleccion, volvieron á escribir precipitadamente en estos términos: «Nuestros primeros deseos, Santísimo Padre, eran que se difiriese la eleccion de Papa creyendo que era este el medio mas seguro para extirpar el cisma; pero cuando hemos sabido que recayó en vuestra Santidad, ha sido completa nuestra satisfaccion, porque estamos en la firme con-

fianza de que seguireis la inclinacion que habeis manifestado siempre á favor del restablecimiento de la unidad.»

A fin de cimentar unas disposiciones tan favorables, Benedicto, que conocia el mucho crédito de la universidad y el grande influjo que los beneficios ejercen aun en las resoluciones de los hombres de bien, hizo que el legado Bellemere dijese á los doctores y profesores, que enviasen á Aviñon una lista de las piezas eclesiásticas vacantes, las cuales era costumbre que las proveyese el Papa, antes del sistema de grados que se observó despues. Se dió á Pedro de Ailli, que era entonces canciller, el encargo de llevarla, y al mismo tiempo de conferenciar con el Pontífice acerca de los medios de extinguir prontamente el cisma. Con esta ocasion usó Clemangis de toda su elocuencia, y se esplicó con mucha libertad exhortando á Benedicto á consumir una obra tan buena. Lejos de irritarse este por la demasiada franqueza con que se le hablaba, dió al autor tan grandes testimonios de estimacion y benevolencia, que consiguió tenerle á su lado, le hizo su secretario, y le obligó desde entonces á pensar ó á lo menos á hablar de muy distinto modo que antes. Así llegó este artificioso antipapa á atar en cierto modo aquella lengua de la universidad, pues desde esta época no se vé ya en ella el ardor que habia manifestado tantas veces por la union.

Otra persona sumamente estimable por otro concepto, atraida por Benedicto XIII á su partido, fué el célebre San Vicente Ferrer, á quien habia sabido apreciar, siendo legado de Clemente VII en España. Luego que se vió en el trono pontificio, le llamó á su córte, y le hizo confesor suyo y maestro del Sacro Palacio (1). Pero el Santo no estuvo mas que dos años en esta situacion

(1) Niem. l. 2, c. 33.

(2) Hist. anon. p. 272.

B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

(1) Böll. apr. t. 1, p. 484.

Tomo IV.



crítica, donde se concilió la veneración pública y la amistad y afecto de su señor, el cual le ofreció con instancias varios obispos. Destinado á las vastas funciones del apostolado, le parecieron demasiado estrechas todas las demás carreras, á pesar de su brillantez y de las comodidades que podían proporcionarle. Dicen que el mismo Jesucristo le confió de un modo inmediato el ministerio de la palabra, pero que sin embargo hizo que confirmase su misión aquel que él miraba como Vicario de este eterno Pastor, y después se consagró enteramente á los progresos del Evangelio. Mas adelante veremos que sus virtudes y los prodigiosos frutos de sus trabajos apostólicos hicieron creíbles todas las maravillas que de él se refieren.

Entretanto se empezaron á presentir en Francia los designios de Benedicto y el peligro de perder el tiempo en diputaciones y en conferencias inútiles: por lo que se convocó en la capital para el día 2 de febrero del año 1395 una asamblea, que con justa causa tiene el título de concilio nacional (1), pues asistieron á ella los patriarcas titulares de Alejandria y Jerusalem (que administraban entonces las diócesis de Carcasona y de San Pons), siete arzobispos, cuarenta y seis obispos y muchos diputados. Quiso el rey que su canciller se hallase presente á las deliberaciones, y que fuesen admitidos á ellas cuatro consejeros y tres abogados del parlamento de París. Para facilitar las operaciones de los prelados, se dió á los doctores la comisión de estender una memoria que verosíblemente fué obra de Pedro de Ailli, el cual acababa de llegar de Aviñon poco satisfecho del Papa Benedicto. A lo menos, atendiendo á la vehemencia y fuego del estilo, parece que no fué Clemangis el autor de este escrito. En él se trata de pro-

(1) Tom. 11 Conc. p. 2511.

bar la necesidad de recurrir al medio de la cesion para acabar el cisma, y hubo ochenta y siete votos á favor de este dictamen, con exclusion de otro cualquiera. Preparó, pues, el rey una embajada augusta para proponer este medio al antipapa Benedicto, nombrando al efecto al duque de Orleans, su hermano, y á sus tíos los duques de Berri y de Borgoña, esto es, á las principales personas del reino después del mismo soberano, y se les señalaron en clase de consejeros algunos obispos y algunos individuos de la universidad, siendo el más memorable de ellos Gil de Campos. Se les dió al mismo tiempo, para que les sirviese de instrucción, un escrito dispuesto en el espacio de un mes que habia durado el concilio.

Llegaron á Aviñon el sábado 22 de mayo; fueron recibidos con grandes honores y demostraciones de alegría, y luego pasaron á ocupar las habitaciones que les estaban preparadas en Villanueva. El lunes siguiente se les dió audiencia pública, en la que Gil de los Campos, encargado de llevar la palabra, y advertido de la estremada delicadeza de la corte pontificia, solo estableció ciertos principios generales dirigidos á la union elogiando al antipapa y al rey (1). Benedicto XIII, que era uno de los hombres más insignes de su tiempo por la sagacidad y presencia de ánimo de que estaba dotado, respondió de repente con un discurso tan gracioso y tan bien coordinado como si se hubiese trabajado muy despacio. Siguiendo punto por punto todo lo que habia dicho el doctor, insistió principalmente en lo que cedia en elogio del rey, hermoosándolo con los rasgos más delicados y lisonjeros; y pasando después á dar gracias á los príncipes por la solicitud que mostraban en beneficio y honor de la Igle-

(1) Hist. anon. p. 287.

sia: «esas nobles tareas, les dijo, forman el destino de la augusta casa de Francia, elegida especialmente por la Divina Providencia para sostener la Religion.» En fin, habiendo pedido los embajadores una audiencia secreta, manifestó que de todos modos oíría con mucho gusto cuanto hubiese que comunicarle de parte del más cristiano de los reyes.

Como hasta aquí Pedro de Luna no habia tenido más que responder á unas proposiciones y cumplimientos de poquísima importancia, representó perfectamente un papel que era muy conforme á su carácter. Pero el día siguiente, en que se tuvo la conferencia secreta que habia concedido con tanta facilidad, presentó ya la escena más dificultades. En ella se pidió comunicación del acta acordada en el último cónclave á efecto de extinguir el cisma hasta por medio de la cesion, siempre que se juzgase necesario este recurso. Benedicto, que conocia el fin á que se dirigia esta propuesta, se escusó al principio de presentar un documento tan convincente y confirmado aun después de su elección. Como esta resistencia aumentase sus instancias, no menos que las sospechas que ya habian concebido, consintió en mostrarle á los tres príncipes en particular, y no á las personas más capaces de examinarle, que les servian de consejeros. Era muy débil esta trinchera para poderse sostener en ella, y así se vió reducido Benedicto á hacer que el acta deseada se leyese en presencia de los príncipes y de sus asociados. Pero no se contentaron estos con la lectura, sino que pidieron copia del documento, siendo este un nuevo objeto de ataque y de defensa. El antipapa defendió el terreno palmo á palmo, procuró eludir los golpes por todos los medios imaginables, disputó, se quejó, pero todo fué inútil. No hubo más arbitrio que conformarse con lo que se pedía, y el secreta-

rio de la embajada sacó la copia en debida forma.

No desmayó Benedicto por haber quedado vencido en este combate. Habiéndole preguntado los príncipes algunos días después de qué medios queria valerse para proporcionar la union, el único que propuso fué una entrevista entre él y su competidor; y objetándole que el acta del cónclave le obligaba á algo más que á un medio tan probablemente ineficaz, hizo que se entregase á los príncipes un escrito, cuya disposición y las palabras con que concluye, en las cuales se aparenta mucho celo y buena fé, son una obra maestra de finura y de política. Después de obligarse en él á adoptar todos los medios justos y razonables, propios para restablecer la paz de la Iglesia en cuanto debia ejecutarlo por su propia obligación y por el tenor del escrito formado en el cónclave, protestaba que queria conservar toda su fuerza *sin derogacion ni adición alguna*; cláusula capciosa, por la cual esta acta absoluta venia á ser meramente relativa á los medios justos y razonables que él se reservaba la libertad de entenderlos á su arbitrio.

No cayeron en este lazo los embajadores; y así en otra audiencia que obtuvieron el día 1.º de junio, martes de Pentecostés, refutó Gil de los Campos el proyecto de la conferencia entre Benedicto y su competidor y probó la necesidad de elegir el medio de la cesion. El duque de Berri, como presidente de la embajada, apoyó fuertemente al orador, y suplicó al antipapa que condescendiese con los deseos del rey y de todos los fieles. Quiso Benedicto deslumbrarle con su elocuencia artificiosa y con sus vagas protestas de celo por el bien de la Iglesia, y como solo se proponia ganar tiempo, pidió que se le manifestasen por escrito las intenciones del rey. «Padre Santo (replicaron los príncipes),